**Una cosa es jurar y otra prometer**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático jubilado de Lengua española

Los acontecimientos institucionales por los que atraviesa uno sin más remedio están reglados, ordenados y adornados de una cierta parafernalia, o sea, ritos, usos y costumbres. En España pasamos con facilidad de la pomposidad a la naturalidad, del boato al catetismo, de la abundancia a la simplicidad. Todavía recuerdo una foto de mi nieta de tres años con birreta y uniforme con motivo de su graduación en guardería. Y hablando de nieta, el bautizo también supuso lo suyo, de gastos, de preparación y de liturgias.

A propósito de liturgias, lean cómo describe el periodista Jorge Martínez «los actos de la cofradía de la Alhambra al designar a los nuevos mayordomos sacramentales»: primero, la propiedad de un vocabulario : ‘exaltador alhambreño’, ‘Santa María de la Alhambra coronada’, ‘mayordomo sacramental’, ‘guión con asta y remate corporativo’, ‘salida penitencial’, ‘cartelería cofrade’; después, designación de un orden jerárquico: ‘priostía’, ‘albacería’, ‘secretaría general’, ‘hermano mayor’, ‘secretaría de la federación de cofradías’, ‘costaleros’; después, la enumeración de funciones: ‘devoción al santísimo’, ‘participación en las celebraciones eucarísticas de la hermandad’, ‘asistencia con traje talar de protocolo con estandarte, insignias y medallas adecuadas a la procesión del Jueves de Corpus y a la procesión del Corpus chico’, ‘presentación del cartel anunciador de la procesión de la Virgen’. Todo un alarde entre retórica y liturgia de la palabra.

Yo sé que las instituciones tienen un departamento de protocolo, pero es algo que nunca he llevado a gusto. Nunca he ido a las procesiones de inicio de curso vestido con el traje académico. Nunca he ido a las graduaciones de los alumnos que terminan carrera. Nunca me ha puesto rector alguno medallas por periodos de vida profesional. Vestir de traje sí, ir desarrapado no. Bandas, birretes, medallones, no. No consiguió mi padre que me vistiera de semana santa en su cofradía. A lo mejor es que con los años de monaguillo y de seminarista ya tuve bastante de protocolo. Hombre, sí me sometería en su caso al protocolo de ese virus: lo que implica de encierro, vestimenta, aislamiento, medicación, abstenciones. Hasta ahí podríamos llegar.

Bastante protocolo hay en la formación de un gobierno. Una vez formado, anunciado, proclamado, debe procederse a su juramento. El juramento se basa en una larga historia y costumbres de todos los pueblos occidentales; cada pueblo con variaciones. Juraban los reyes judíos, juraban griegos y romanos ante sus dioses, juraron los godos, juraron los reyes cristianos; juran los médicos, los militares y los políticos. ¡Cuántas veces hemos recitado el famoso romance: «En Santa Gadea de Burgos/do juran los hijosdalgo/le toman la jura a Alfonso/por la muerte de su hermano». Aquí, entre nosotros, se ha ido desposeyendo de toda religiosidad al hecho del juramento, que antes se hacía ante un dios, sobre algo y con palabras rituales. En la España política, la izquierda no jura la constitución, porque no cree en ella y les parece un trágala de la transición. La derecha jura, porque su palabra va a misa. Jurar y prometer son rituales obligados de compromiso; da la impresión de que jurar es más que prometer; en el lenguaje de comunicación hemos adoptado esos valores: «te lo prometo que iré al viaje»; mal dicho; debe decirse: «te aseguro que iré al viaje». El ritual se ha degradado con las fórmulas ‘de cúbito supinas’, que no aceptaba aquel Pons, esa retahíla de pensamientos abstrusos que terminaban en ‘por imperativo legal’. Y ya es válido. Es que se ha generado una ideología, unas costumbres y un vocabulario bipartito. La izquierda habla de las derechas en plural para retrotraerse a la segunda república. La derecha no habla de las izquierdas porque todas le parecen iguales, el frente popular. La derecha, si se ofrece, habla de perdón. La izquierda cree que es palabra religiosa y habla de ‘disculpa’. La izquierda no acepta la palabra ‘caridad’, le basta y le sobra con la ‘justicia’. La derecha habla de moral cristiana, la izquierda se conforma con la ética aconfesional. La izquierda habla de ‘modestia’; a la derecha le resulta más propio hablar de humildad. Los nombrecitos que se lanzan unos y otros también son fijos y constantes: ‘derechona’, ‘derecha terrateniente’, ‘derechita cobarde’, ‘señoritos’, ‘azules’, ‘casposos’, ‘carcas’; ‘izquierda sectaria’, ‘rojos’, izquierdosos’, ‘progresistas’, ‘descamisados’, ‘guerracivilistas’. Para mis adentros tengo una prueba del nueve que nunca falla: si me llaman ‘colega’, mi interlocutor es universitario; si me dicen ‘hermano’ es del clero: si me dicen ‘compañero’ es sociata, si me dicen ‘camarada’ es rojata; si me dicen ‘amigo’ es popular. Si nos atenemos a la forma, observo que el de izquierda lanza eso de ‘es mentira’, ‘absolutamente falso’; el de derecha dice ‘no es verdad’, ‘no es cierto’, ‘presuntamente falso’.

Ya lo dijo el poeta: «Una de las dos Españas ha de pararte el corazón».